

en su sentimiento real, haciéndola ostensible al través del ceudal desgarrado de los convencionalismos. El humilde aldeano se eleva con todas las fuerzas de su instinto hacia el objetivo superior que su conciencia presente, el hombre de selección busca al hermano suyo al que antaño tenía por inferior, y este modo se forja o se robustece el alma nacional.

Cuando estalló la guerra, el alma rusa se apretó en haz firmísimo, concentrándose en el ejército. Todos los soldados, unidos por igual sentimiento, desafían la muerte para acabar con el enemigo, sin desfallecer animosos, infatigables. Muchas veces en el curso de la guerra actual se le ha visto luchar con admirable obcecación, en la Prusia Oriental, en Polonia en Galitzia.

La campaña de los Carpatos, tan gloriosa, está llena de episodios notables. Bajo la nieve, al través de pantanos y marismas, frente a las ametralladoras, las tropas rusas combatieron muchas veces durante seis días seguidos, iniciando al séptimo ataques furiosos con el agua hasta la cintura. En el frente ruso, lo mismo que en el francés los alemanes han multiplicado los combates nocturnos. ¿Petrof, en el "Ruskoe Slovo" ha referido estos asaltos trágicos, la preparación del enemigo y su avance en las tinieblas, hasta que de pronto se iluminaba toda la línea de batalla; en las ambulancias automoviles, en los furgones de municiones que siguen al ataque las antorchas de resina se inflaman y forman manchas de fuego; los ciclistas saltan de sus maquinas, junto a las trickeras rusas, y, según frase del

mismo Petrof, "se diseminan, se esparcen a lo largo de las líneas como el agua que sale del gollete de una botella". El soldado ha tenido que soportar los rigores durísimos de la técnica y de la mecánica alemana. Su valor no se ha desmentido aun en las circunstancias más trágicas.

Y otro tanto puede decirse del oficial, del jefe. La campaña del Duque Nicolas no pudo ser más brillante, por las dificultades con que tropezó y los esfuerzos que supone. Pese a los reveses y contrariedades padecidos, el ejército ruso se lanzó a la pelea valerosamente y en igual actitud persiste.

Descontento, con justicia, por los abusos, torpezas y otras mil causas que en las esferas superiores advertía o iba dócilmente sintiendo, ha acabado por exteriorizar su enojo, dándole cumplida satisfacción. Pueblo y ejército son, cuando el momento histórico lo exige, una misma fuerza, un mismo impulso vindicador. Rusia quiere acabar la guerra, con toda la dignidad y plenitud de prerrogativas a que, junta a sus aliados, tiene derecho. El campesino, el soldado, el débil, el oprimido, el de abajo, acaba de imponerse al déspota, al claudicante o al traidor. Hoy, pueblo y ejército unidos frenéticamente, con el alborozo del que quiere vivir, reiteran su voluntad de vencer al que se oponga a ello. Efemérides es esta de la que Alemania ha de cuidarse mucho, porque la Historia, más distante, y serena, ya tomará en su día la espléndida nota que merece.

NARCISO GIRALDEZ

El fin de nuestra campaña sobre "el resurgir de una obra benéfica"

El eterno sistema de los sofismas.—Escupir al cielo...—
Cómo se califica la Real Orden.—Argumentos falsos.—
Cómo debe discutirse.—El último fracaso

Valiéndose de una argumentación irrazonada, apoyando la mentira con la calumnia, se quiere combatir la justicia, y la bondad de nuestra campaña, ya definitivamente triunfante. Tan ridícula pretensión, sólo son capaces de ponerla en plan entenebrecidos cerebros que, en su obcecación, creen viable escupir a la luna para empañar su resplandor de plata, sin tener en cuenta que la inmundez de sus escupitajos vuelve a manchar la cara del iluso que tales pretensiones concibió.

Demuéstrenos que la idea generadora de todos nuestros artículos es el menguado interés o la pasión partidista; adúzcase un solo hecho que pruebe que nuestra campaña ha estado guiada por algo que no fuera la mayor prosperidad de la fundación Colegio de S. José; muéstrese una razón, un hecho, un atisbo de intención que bastardee los altos, nobles y desinteresados móviles que en todo momento ha guiado nuestra pluma, pues mientras no se haga así, en tanto la sana razón y pura lógica no sustituyan al asqueroso y libilisco procedimiento del insulto, no se puede tildar nuestra campaña, a más de otras comprensibles razones, porque escupir al cielo es recibir las chispas en la cara.

Mas no es extraño; ¡la pasión llega a tanto!... ¿No se califica de falso y calumnioso a todo un ministro que pone a la firma del monarca una Real Orden que tiene la maldad de organizar una institución benéfica expulsando de su gobierno a quienes indebidamente ostentaban y manejaban lo que por ninguna causa les pertenecía?

Y no se crea que tras las imputaciones vienen las razones o argumentos que demuestran los desusados calificativos; nada de eso. Tal sistema sería obrar rectamente y la rectitud es camino de muchos abrojos... cuando más, se acude a la prueba aduciendo

hechos falsos. Así, y no de otro modo podía ser, se impugna la indiscutible justicia que ha guiado a la Real Orden resolutoria, que ya conocen nuestros lectores, éxito patente del altruismo de nuestra campaña regeneradora. Obrando de esa manera quieren nuestros detractores probar que es injusta la real disposición, apoyándose en el hecho totalmente falso, de las renunciaciones del párroco Sr. Cervantes Pérez, vocal nato de la junta de gobierno, y del patrono sustituyente don Rafael López Torrente, al derecho reconocido de constituir el patronato de la benéfica fundación. Con tal método se puede fácilmente demostrar el absurdo problema de la cuadratura del círculo. Aparte de que, aun habiendo sido cierto que esos señores hubieran renunciado a sus derechos, no podía nunca ser prueba suficiente a demostrar la injusticia, que solo ellos la ven en su aberrada obcecación.

Hechos, pruebas que sean verdad y tengan lógica, razones y argumentos que convengan, es el camino que marca el decoro en toda discusión; no obrando así más vale callar, en evitación de un seguro fracaso.

¿A qué, tampoco, los soberbios y risibles desplantes de querer mantenerse en sitios donde la estabilidad es imposible? ¿Por qué aquellas rotundas negativas a entregar la documentación, no admitiendo imposiciones ni de Dios,—¡oh humildes católicos, defensores del clero... de automovil!—, para después tener que hacer lo contrario de lo que se ha mantenido.

¿Verdad que tal altivez es ridícula?

No tenía esto por menos de tener su fin, y otra rama más de la justicia, está encargándose de dar a la cuestión el previsto remate.

Ayer se incautó el juzgado de instrucción de la documentación del Colegio de S. José, y ayer también comenzó la entrega al delegado regio especial Sr. López del Arenal, de esos, como tantas veces dijimos, «elementos de juicio necesarios» Dicha entrega va haciéndose agrupadamente por ser muchos los documentos de la resurgida obra pia de nuestro inolvidable paisano D. José Marín García.

Consecuencias

Ya es cerrada la noche, cuyo manto se extiende sobre el escondido villorrio salpicado de puntos luminosos que, luchando con la oscuridad, sucumben al poco trecho donde adquiere la existencia. Miles de puntos celestes salpican la región etérea del espacio inexorable formando algo así como un bordado de piedras refulgentes sobre el azul del infinito: especie de trono so cuyos pliegues verifica sus movimientos nuestro planeta, y que parece indicar la protección que el Cosmos dispensa el astro venturoso donde el Supremo Hacedor puso la morada del sér hecho a su imagen divina. Los élitros de los grillos forman con su continuo chocar rústicas y enigmáticas canciones, y, por último, la arrulladora corriente del agua que serpentea por el césped formado de minúsculas hierbecillas, completa el cuadro que un pueblecillo almeriense ofrece en una noche otoñal.

Vetustas casas avanzan sus griteados paredones sobre los banales cubiertos de emparrado; de entre todas se destaca una que, por su blancura, parece una paloma rodeada de grajos. En la parte superior presenta unas ventanillas iluminadas por los resplandores que en el interior proyectan unas luces que si no son tan intensas que cieguen, tampoco se confunden con los gusanos de su clase; cuyas ventanas dominan todo el no muy dilatado horizonte de un lugar por grandes montañas rodeado. Dos frondosos naranjos la preservan con sus ramas protectoras del sol de medio día, y, en la parte baja, una puerta pone en comunicación la parte interior con el jardín.

Un hombre recostado sobre uno de los naranjos, dirige continuamente sus miradas a la puertadel jardín. Cansado de esperar en tan incómoda posición, con grandes precauciones y como temiendo ser visto, comienza a pasearse lentamente, sin dejar por eso olvidada la inspección de la puerta causante de su cuidado.

Al fin, por las grietas de esta, se filtran los rojizos rayos luminosos de una bujía y, a poco, ruido ahogado por intervalos de silencio, hasta que, cedido ya la cerradura, se abre la puerta por la que asoma su cabeza una mujer hemosisima de unos diez y seis años, ojos y cabellos como la noche, tez digna de ser envidiada por la aurora, labios como claveles de los cármenes granadinos y, en suma, con todos los encantos que una bella ostentar puede. Sus vestidos muestra en confusión, lo que, si cabe, la favorece, y esto, unido a lo lloroso de su semblante, le da el aspecto de una Magdalena que se aparece, en vez de a Jesús, al amante impaciente por su tardanza.

Este, repuesto de su sorpresa, que no por esperada deja de ser grande, se dirige a la puerta en donde ve a la mujer que adora: allí de los juramentos de fidelidad eterna a pesar de todas las contrariedades del mundo; las quejas recíprocas de supuestos desdenes recibidos, pues todo es frialdad para los verdaderos amantes. Las estrellas, como avergonzadas del tierno diálogo que en amorosas frases escuchan, cubrense de un velo protector que oculte sus rubores, y el cielo, ha poco tachonado de su luz, troca su alegría en negros nubarrones: informe resultado de

la envidia celeste.

De pronto, se agita el pecho de la joven, mira a todos lados con inquietud manifiesta y exclama sollozando: ¡Ay!, es preciso que nos separemos, y que nos separemos tal vez para siempre. Mi padre está cada vez más irascible y hoy, esta tarde, me ha manifestado su resolución definitiva de poner fin a nuestras relaciones. Yo he resistido, pero al cabo, quizás lo taches de debilidad, he dado mi asentimiento a sus palabras, pues quiero ahorrarle los disgustos que dice le proporciono.

No causara igual sensación el reventar de una mina entre una bandada de palomas que la que producen estas palabras en el ánimo del joven, que, como atontado, mira a su amada sin responder, hasta que, salido de su estupor, la dice: ¿Y crees bastante causa la oposición de tu padre para sancionar nuestra sentencia de infortunio? El amor, adorada mía, es el más puro de los ideales y, por consiguiente, como todo ideal, no puede ser coactado ni por el padre más severo ni por el tirano más sanguino; símbolo de la libertad, sucédele lo que a los gases: que tiene más fuerza expansiva cuantos más se comprime, sin perder jamás su elasticidad para amoldarse a las nuevas condiciones de la opresión. No trates, pues, de disculparte, ya que no hay fuerza suficiente para desviar de su camino al amor verdadero.

Un prolongado silencio sucede a los razonamientos del joven. Las lágrimas resbalan por las pupilas de los dos amantes, ninguno de los cuales se atreve a reanudar la interrumpida conversación. Al rato, ella, con voz miedosa, como si temiera la contestación, pregunta: ¿Y qué crees que debo hacer para poner fin a nuestra situación angustiosa? Mira, responde el joven; yo te adoro con ese amor anímico que hace de dos almas una; con ese amor que sólo desata la fuerza disociadora de la muerte; amor inolvidable de algo más que el corazón, que al fin es vil materia y, como tal, voluble, y ese amor me dicta que huyamos lejos, muy lejos, de donde tratan de oprimirlo.

Reuelta anda la villa; se dice que Carmen, la hermosa hija del más rico propietario de aquellos contornos, a huido de su casa con Alfonso, también de padres ricos y estudiante aventajado. Todo es confusión en la blanca casita de los corpulentos naranjos. Sentado en un sillón, está el padre de Carmen, todo afligido y desesperado: ¡Su única hija haber huido con el heredero del mayor de sus contrarios políticos! Era aquello mucha tortura para su orgullo de padre y de hombre y por eso lloraba al mismo tiempo que su desgracia presente, la futura de la eterna separación del sér que, a sus ojos, le había degradado para siempre. Al ver entrar a un pariente que acude a consolarle, dice: ¡Primero, qué desventura mas grande! Carmencita se ha ido de mi casa echando el velo de la vergüenza sobre nuestra familia. ¡Qué desgracia, Dios mío, que desgracia!

No hay para qué afligirse, responde el pariente; Carmencita ha huido de tu casa porque en ella se oprimía su amor y pudo el amor con todo. En cuanto a que ahora el estigma de la vergüenza caerá sobre nosotros, no lo creas, y si fuese cierto sería una justa consecuencia de tu aspiración insensata de coactar el más libre de los sentimientos humanos.

F. POYATOS LÓPEZ.

Se admiten en esta Redacción toda clase de denuncias encaminadas a favorecer los intereses generales de esta región, así como cuantas quejas fundamentadas atañan al interés público.

Para su publicación, deberán estar firmadas por el denunciante.